

Globethics Repository



2Corintios: Desde el laberinto de la esperanza [2 Corinthians: From labyrinth of hope]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Vaage, Leif E.
Publisher	DEI - RECU
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-09-15 06:27:04
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/183989

2Corintios: Desde el laberinto de la esperanza

Leif E. Vaage

Resumen: En este artículo se analiza, primero, la historia de composición del libro bíblico de 2Corintios y, después, los distintos momentos de discusión, cada vez más fuerte, que esta historia revela entre Pablo y sus colegas cristianos primitivos en Corintio. Los varios textos componentes de 2Corintios son leídos en base al siguiente cronograma: i) 2Cor 6,14-7,1; ii) 2Cor 10,1-13,10 (11-13); iii) 2Cor 2,14-6,13; 7,2-4; iv) 2Cor 1,1-2,13; 7,5-16/8,1-24; v) 2Cor 9,1-15. El resultado es una lectura de 2Corintios como tipo archivo, un poco desordenado, o sea, la memoria de un proceso que empezó con la visión, bastante sectaria, de Pablo sobre la comunidad cristiana primitiva, y que después de pasar por experiencias de desencuentro, pelea y desconsuelo, incluso peligro personal, finalmente logró el alivio de la reconciliación y un proyecto compartido.

Abstract: This article discusses, first, the composition history of the book of 2 Corinthians and, then, the different moments of heated conversation between Paul and his early Christian counterparts in Corinth, which this composition history reveals. The different constitutive elements of 2 Corinthians are read in the following chronological order: i) 2Cor 6,14-7,1; ii) 2Cor 10,1-13,10 (11-13); iii) 2Cor 2,14-6,13; 7,2-4; iv) 2Cor 1,1-2,13; 7,5-16/8,1-24; v) 2Cor 9,1-15. The result is a reading of 2 Corinthians essentially as an archive of a process that began with Paul's rather sectarian view of early Christian community, followed by significant disagreement especially regarding Paul's status as an apostle among the Corinthians and considerable disheartenment as well as unexpected personal danger, issuing finally in the relief of reconciliation and a common project.

Introducción

El libro bíblico que llamamos la segunda carta de Pablo a los corintios, es un texto demasiado complicado, al menos en su lógica discursiva, como para ser originalmente una sola carta. Es muy difícil – y desde mi punto de vista finalmente imposible – descubrir en 2Corintios un argumento que se desarrolle desde el comienzo hasta el final de este libro bíblico, lo cual no implica que no haya habido muchos esfuerzos de parte de los estudiosos por encontrar un argumento tal en el texto canónico. Pero no me convencen.

Siempre será posible decir que Pablo no lo escribió todo en una sola ocasión, o sin otra mano metida en la olla, y por eso hay tantos saltos y brechas lógicos en el desarrollo de lo que supuestamente sería el principal tema de la carta. Pero esto no es una explicación sino más bien otra descripción del problema que resolver, otro modo de reconocer que el texto canónico de 2Corintios realmente no funciona como un discurso integrado.

Esta situación, que cada lector y lectora del libro bíblico habría sentido, casi obliga a pensar en la historia de composición literaria de 2Corintios, la cual no es una cuestión de autoría tanto como de redacción, es decir la recopilación de un archivo. Por eso empiezo profundizando este tema.

Asimismo, el tema de la historia de composición literaria de 2Corintios acarrea varias implicaciones en la lectura de los otros auténticos escritos paulinos. Estas implicaciones mayormente tienen que ver con el marco biográfico, dentro del cual se los lee. No digo que la interpretación de 2Corintios sea clave para entender todo lo que es el discurso auténtico paulino en el Nuevo Testamento. Pero, sí, por la variedad de sus contenidos y por la historia de su composición literaria, nos resulta casi obligatorio imaginarnos un cierto proceso o itinerario

apostólico como fuente principal del pensamiento teológico de Pablo. Este proceso incluye unos cambios de perspectiva o nuevos temas que surgieron – o que se le impusieron – a Pablo en el camino de su vida como el muy cuestionado “apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios” (2Cor 1,1).

Historia de composición literaria de 2Corintios

El libro bíblico de 2Corintios tiene 13 capítulos. Los primeros versículos (2Cor 1,1-7) presentan lo normal en una carta paulina, es decir unos saludos iniciales (2Cor 1,1-2) y enseguida un llamado código de agradecimiento (2Cor 1,3-7), el cual suele funcionar en las cartas paulinas como una especie de tabula de contenidos o adelanto del discurso siguiente. Los últimos versículos del libro (2Cor 13,11-13 o 13,13) también reflejan lo normal al final de una carta paulina: unos cuantos imperativos, unos saludos de despedida y una bendición; aunque en este caso, son bastante reducidos estos elementos en comparación con otras cartas. No obstante, 2Corintios tiene toda la estructura “externa” de una carta típica de Pablo.

Lo que no tiene el libro bíblico de 2Corintios es un desarrollo “interno” muy coherente o fácil de captar. La “fisura” más notoria que interrumpe el desenvolvimiento sencillo de su discurso es el brusco cambio de tono que se produce entre los capítulos 9 y 10, donde se pasa de un hablar anterior mayormente tranquilo (o tranquilizado) y práctico a una retórica en plena pelea, a la defensiva y decididamente pugnante. Es muy difícil explicar cómo Pablo hubiera podido expresar, primero, su profundo alivio por ser finalmente reconciliado con los corintios y por eso capaz de retomar con ellos y con tanta confianza en 2Corintios 8-9 el tema de su colecta para la comunidad cristiana en Jerusalén; y de ahí en 2Corintios 10-13 de pronto sentirse tan maltratado y necesitado de protestar, casi desesperadamente, que sí, es un verdadero apóstol.

Los dos discursos – el de 2Corintios 1-9 y el de 10-13 – simplemente no pueden haber sido pronunciados en el mismo momento histórico. Tienen que reflejar al menos dos momentos, bien distintos, en la experiencia de Pablo con los corintios. Además, no habrían sido pronunciados originalmente en la secuencia que ahora nos los presenta el libro bíblico de 2Corintios, sino a revés. Pues se supone que el serio conflicto que atesta el discurso de 2Corintios 10-13 se habría resuelto antes de llevar a cabo la colecta, de la cual se trata en 2Corintios 8 y 9 y a la cual se refiere como ya acabada en Rom 15,26. Históricamente, el texto de 2Corintios 10-13 se habría escrito después de lo contenido en 1Corintios, pero antes de 2Corintios 1-9.

Dicho esto, no hay por qué pensar que el libro bíblico de 2Corintios sólo puede haber sido compuesto de dos escritos constitutivos, es decir 2Corintios 1-9 y 10-13, siempre y cuando haya indicio de otras fisuras parecidas o conjuntos textuales que no cuadran muy bien en el contexto literario canónico donde actualmente se encuentran. Por ejemplo, los dos capítulos que tratan de la colecta para Jerusalén – 2Corintios 8 y 9 – casi no tienen vínculo alguno con los discursos que ahora los envuelven (salvo por la referencia a Macedonia y a Tito en los dos capítulos 7 y 8). Los dos capítulos – 2 Corintios 8 y 9 – no requieren del resto del texto para ser entendidos ni encuentran eco en otra parte del mismo libro bíblico.

Además, ¿por qué 2Corintios 9 habría tenido que retomar, enseguida, el mismo tema que acaba de ser tratado en 2Corintios 8?, si es que originalmente los dos capítulos habían integrado una sola unidad literaria. En 2Cor 9,1 se utiliza una fórmula – *peri men gar* ... – de uso común en la correspondencia antigua para entrar, después del preámbulo rutinario, en el principal tema de una carta o para cambiar de tema dentro de una carta más amplia y compleja. En cualquier caso, el uso de esta fórmula en 2Cor 9,1 no tiene sentido, en su contexto actual, pues el tema que así es anunciado como novedad no es sino, una vez más, el mismo que acaba de ser tratado en 2Corintios 8.

Puede que 2Corintios 8 sea una continuación de 2Corintios 7, pues los dos capítulos comparten el protagonismo de Tito como motivo de consuelo y modo de sacarse adelante la relación apostólica de Pablo con los corintios. Pero, ¿cuál es la relación que tiene el discurso de 2Corintios 7 con los capítulos anteriores en 2Corintios 1-6? Y antes de esto, ¿cuál es la lógica que coordina los versículos en la primera parte de 2Corintios 7, es decir 2Cor 7,1-5? Pues no es obvio el argumento que aquí estaría armado hasta después de 2Cor 7,5.

De hecho, 2Cor 7,5 parece retomar el hilo narrativo que quedó flotando en el aire en 2Cor 2,13. Pues en 2Cor 2,14 empieza un segundo código de agradecimiento, el cual no suele darse en las cartas paulinas – salvo por 1Tes 2,13-16, donde también resulta un texto problemático – y que podría ser otro indicio de una intervención editorial posterior. Porque si uno salta de 2Cor 2,13 directamente a 2Cor 7,5 el resultado es un discurso perfectamente coherente; a diferencia del texto canónico en 2Cor 2,12-13.14-17, cuya lógica siempre ha representado un serio problema exegético.

En 2Cor 1,1-2,13; 7,5-16/8,1-24, Pablo describe, primero, el serio peligro que acaba de pasar en Asia (Menor). Después repasa la historia de su prolongada ausencia de Corinto, terminando con el profundo alivio que finalmente había sentido al contarle Tito a Pablo que “ustedes me quieren mucho, que sienten lo ocurrido, que guardan entusiasmo por mí” (2Cor 7,7). El recompuesto texto es bastante fácil de entender, y perfectamente sencillo en su lógica narrativa.

Parecido es el caso de 2Cor 7,2-4, especialmente cuando a estos versículos no se los obliga a servir de introducción al discurso siguiente en 2Cor 7,5-16, con los cuales no tienen ningún vínculo obvio. Los versículos en 2Cor 7,2-4 tampoco le dan seguimiento evidente al texto anterior en 2Cor 6,14-7,1. Pero sí, estos versículos en 2Cor 7,2-4 representan una conclusión, muy apta, para la exhortación penúltima en 2Cor 6,11-13.

El texto de 2Cor 6,14-7,1 ya fue visto por los estudiosos hace tiempo como un fragmento ajeno al discurso de Pablo, tanto en 2Corintios como dentro del corpus paulino. Una de las razones por las cuales se piensa así, se debe a la postura de este texto mucho menos “ecuménica” que la de otros textos de Pablo al tratarse del tema de los no judíos en Cristo. El texto de 2Cor 6,14-7,1 suena bastante sectario. Cabría, por ejemplo, entre los varios pronunciamientos “ultra-ortodoxos” de la comunidad judía de Qumrán sin mayores problemas.

No obstante, siempre puede que el texto de 2Cor 6,14-7,1 sea un discurso pronunciado por Pablo en una etapa más temprana de su propio andar apostólico, cuando todavía no se veía obligado a defender y aclarar su política no judaizante con respecto a los cristianos gentiles. Pues en 1Cor 5,9 Pablo dice haber escrito anteriormente – es decir antes de este capítulo de 1Corintios – otra carta a los corintios, en la cual mandó “no tener trato con los que viven en la inmoralidad sexual” (*mê synanamignysthai pornois*; cf. 2Cor 6,14: *mê ginesthe heterozygountes apistois*). Y en 1Tes 4,3-5 se encuentra la misma perspectiva, la que ve, por un lado, en la llamada “inmoralidad sexual” (*porneia*) todo lo contrario, por excelencia, a la “voluntad de Dios”; y que presupone, por el otro lado, que esta inmoralidad sexual (*porneia*) o “dejarse llevar por el deseo” (*en pathei epithymias*) es un comportamiento típico de los no judíos.

Sea cómo fuera, pues, el texto de 2Cor 6,14-7,1 tampoco cabe bien en su contexto actual canónico.

El resultado del análisis anterior es el siguiente conjunto de “piezas”, las cuales habrían sido los originales textos constitutivos del libro bíblico de 2Corintios.

2Corintios 1,1-2,13; 7,5-16/8,1-24
+ 2,14-6,13; 7,2-4
+ 6,14-7,1

+ 9,1-15
+ 10,1-13,13

Ahora bien, este resultado acarrea otro problema cronológico. ¿Cuál fue la secuencia original de todas estas “piezas”, es decir el orden cronológico, en el cual fueron escritas originalmente? Ya mencioné lo difícil que es imaginarse pronunciado el discurso de 2Corintios 10-13 después de 2Corintios 1-9. Por eso ha sido bastante común – aunque no todo el mundo esté de acuerdo – opinar que el texto de 2Corintios 10-13 fue escrito antes de los materiales que ahora se encuentran en 2Corintios 1-9. Por la misma razón, también me parece más probable que el discurso que ahora se encuentra en 2Cor 2,14-6,13; 7,2-4 haya sido escrito antes del texto en 2Cor 1,1-2,13; 7,5-16/8,1-24, porque en 2Cor 2,14-6,13; 7,2-4 Pablo todavía está insistiendo, repetidamente, en no tener que hacerse recomendar, mientras que en 2Cor 1,1-2,13; 7,5-16/8,1-24 su discurso es básicamente un prolongado suspiro de alivio.

2Corintios 9 habría sido escrito después de 2Cor 1,1-2,13; 7,5-16/8,1-24, pues supongo que el tema de la colecta sólo pudo ser retomado, una vez que la relación apostólica de Pablo con los corintios ya se había arreglado.

Así quedamos con el siguiente cronograma para los cinco textos constitutivos de 2Corintios. Esta secuencia de textos registraría el proceso comunitario que tanto Pablo como los corintios pasaron juntos, dándole origen al libro bíblico de 2Corintios.

2Corintios 6,14-7,1
+ 10,1-13,13
+ 2,14-6:13; 7,2-4
+ 1,1-2,13; 7,5-16/8,1-24
+ 9,1-15

Ahora entramos en este laberinto de la esperanza, que representa un buen trecho del itinerario apostólico de Pablo con la comunidad cristiana primitiva en Corinto. A Pablo lo vamos a encontrar angustiado y atrevido, insistente y desesperado de sentirse una vez más escuchado y acompañado de los hermanos y hermanas de esta ciudad griego-romana antigua.

Desde el laberinto de la esperanza

2Corintios 6,14-7,1. Este fragmento bien puede haber formado parte de una carta de Pablo a los corintios, originalmente anterior a lo que ahora leemos como 1Corintios (5,9), en la que Pablo habló de la comunidad cristiana primitiva – él mismo lo dice – como una especie de reducto sagrado. En este espacio se habrían congregado los que ya salieron de este mundo y por eso deberían mantenerse separados de todos los a quienes Pablo califica de “inmorales, explotadores, estafadores, idólatras ... infieles, injusticia, las tinieblas, Beliar ... toda mancha de cuerpo y de espíritu” (1Cor 5,10; 2Cor 6,14-15; 7,1).

En otras palabras, los que están “en Cristo” serían unos “santos”, nombre (*hoi hagioi*) que Pablo utiliza más que cualquier otro a lo largo de su correspondencia para referirse a los miembros de cada “iglesia” local (*ekklêsia*). Y por eso “la santidad” (*ho hagiôsynê*) es lo que a estas personas les daría su identidad particular (véase 2Cor 7,1; también 1Tes 4,3).

En esta visión Pablo parece otro judío más de su tiempo; o como él mismo dice en otro lugar sobre sí mismo anteriormente “en el judaísmo”, que era “el más entusiasta representante de mis tradiciones ancestrales” (Gá 1,14; *perissotêrôs zêlôtês ... tôn patrikôn mou paradoseôn*). De hecho, varios textos en 1Corintios (10,1-22; 12,2-3) también reflejan esta visión, digamos, “separatista” o sectaria, donde el proyecto cristiano es explicado por Pablo como modo de salir de este mundo, replanteando así la vida en una forma bastante tradicional judía. (Asimismo es

importante percatarse del hecho de que hay otros no pocos textos en el mismo libro de 1Corintios, los cuales parecen reconocer una realidad más complicada, dentro de la cual el proyecto cristiano iba articulándose.) Así que en 2Cor 6,14 Pablo bien puede haber empezado su andar apostólico, oponiéndose tajantemente a cualquier “compañerismo” (*heterozygountes*) entre los que eran miembros de la comunidad cristiana y otros “impíos” o “infieles”, incluso – o por excelencia – también un matrimonio “mixto” de esta naturaleza.

Esta postura la reafirma Pablo en 1Cor 7,39 a la hora de opinar sobre lo que debe hacer una viuda cristiana una vez que su esposo ya no está vivo. Si ella elige casarse de nuevo, está bien, dice Pablo, tiene toda la libertad para hacerlo. Pero a este permiso se le agrega la condición de que se haga “sólo en el Señor” (*monon en kyriô*), lo cual quiere decir “dentro de la comunidad cristiana”.

No obstante, en el mismo capítulo de 1Corintios (7,12-16) al verse confrontado con la realidad de unos matrimonios “mixtos” dentro de la comunidad cristiana de Corinto, es decir una hermana o hermano, cuya pareja no era “creyente”, Pablo no sigue con esta perspectiva, insistiendo en una separación absoluta entre “desiguales” (2Cor 6,14). Ahora opta por otra postura, mucho más abierta e inclusiva. Ante una realidad comunitaria que no cuadraba en los esquemas ideológicos que Pablo mismo había promovido antes, pero que evidentemente era así y no obviamente errada, Pablo se pone al lado de la novedad, no sólo aceptándola sino además valorándola con una explicación que todavía a muchos nos pone desafiados (véase particularmente 1Cor 7,14).

2Corintios 10,1-13,13. Estos capítulos pueden ser la carta que Pablo escribió a los corintios “de muchas lágrimas” (2Cor 2,4: *dia pollôn dakryôn*), conclusión que se saca en base a la discusión anterior sobre la división de 2Corintios en varios textos constitutivos junto con el cronograma propuesto para la historia de su composición. No todos los estudiosos aceptan esta identificación, y siempre puede que Pablo haya escrito más de una carta fuerte a los corintios, en la que se manifestaba tanto molesto como deseoso de no perderse su espacio entre ellos. De todos modos, en 2Corintios 10-13 nos damos con Pablo peleándose por su vida apostólica en Corinto.

Pablo ya andaba bastante cuestionado a la hora de escribir 1Corintios. No era el único que mandaba en la(s) comunidad(es) cristiana(s) de Corinto o que pretendía mandar allí (véase 1Cor 1,11-12; 3,4-5.10). Más de una vez en 1Corintios a Pablo se lo nota ya obligado a explicar tanto su forma de hablar (1Cor 2,1-5; cf. 2Cor 10,10; 11,6) como su modo de ganarse la vida (1Cor 9,1-18; cf. 2Cor 11,7-10; 12,13). En 1Cor 4,14-16 Pablo reclama su derecho a reconocimiento como padre espiritual de los corintios en Jesucristo, pero primero él mismo tiene que reconocer, en 1Cor 4,9-13, que “Dios nos ha expuesto a los apóstoles como unos condenados a la muerte”, tipo espectáculo (*theatron*) para todo el mundo (1Cor 4,9). De ahí va repasando todas las miserias que habían dejado huella en su cuerpo. En 1Cor 15,8-9 se presenta a sí mismo como el “último de todos, tipo aborto” y “el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado un apóstol”, siéndolo, sin embargo, por la gracia de Dios.

No obstante, en 1Corintios Pablo habla todavía con una cierta autoridad. Al menos todavía está confiado, más o menos, en su capacidad de imponerse su criterio (véase 1Cor 4,17-21; 5,3-5; 11,16.34). En cambio, llegando a la hora de escribir 2Corintios 10-13 Pablo tiene que poner todas sus cartas apostólicas sobre la mesa. Es un texto, pues, muy importante para conocer tanto el proyecto de Pablo como su forma de entenderse como apóstol.

En 2Corintios 10-13 Pablo se explica, buscando contestar la acusación de quienes decían que sus cartas bien podrían ser profundas y fuertes pero que él mismo era demasiado débil en persona y su forma de hablar completamente despreciable (2Cor 10,10). Pablo no quiere entrar en este debate, pero tampoco puede evitarlo. Tiene que defenderse. Y su defensa no le resulta

fácil, pues tiene que reconocer sus varios defectos, los cuales llama “mi debilidad” (2Cor 11,30). Pablo no era, pues, siempre el hombre fuerte, al menos en Corinto, que ha llegado a ser después en la historia de la(s) iglesia(s) cristiana(s).

La defensa de su apostolado que presenta Pablo en 2Corintios 10-13 puede dividirse en tres bloques principales, los que son: i) 10,1-11,15; ii) 11,16-12,10; y iii) 12,11-13,10. En el primero y tercero, Pablo pone su dedo sobre la llaga que le venía creando tantos problemas, el hecho de parecer “tan humilde entre ustedes y tan intrépido cuando ausente” (2Cor 10,2). Esta impresión se debía, más que nada, al contraste, que pareciera que no podía ocultarse, entre el discurso escrito a nombre de Pablo en sus cartas y su forma de hablar en persona (2Cor 10,9-10; 11,5-6).

Pablo no contesta el cargo de no tener él mucha capacidad retórica (véase 2Cor 10,11; 11,6; también 1Cor 2,1.4). Su respuesta es siempre contraponer esta capacidad a otra, que es la de realizar obras apostólicas, o sea, su poder “pneumático” (véase 2Cor 10,3-6.11; 12,12; también 1Cor 2,5; Rom 15,17-19). Por eso, creo, Pablo entiende la crítica dirigida en contra de su persona como finalmente debido al conflicto cosmológico-metafísico levantado por “la serpiente” (2Cor 11,3) y “el Satanás” (2Cor 11,13-15) en contra de Dios (véase, también, 2Cor 2,11).

El segundo bloque (2Cor 11,16-12,10) repite el mismo esquema, que es el necesario reconocimiento de su evidente debilidad socio-política de parte de Pablo como modalidad de dar a conocer su privilegio divino. Así es que en la primera parte de este bloque (2Cor 11,16-33) Pablo repasa todas las desgracias que había conocido como apóstol – aunque no todo lo mencionado es una desgracia (2Cor 11,22) – insistiendo en que “si es necesario jactarse, me jactaré de todo lo que ha sido mi debilidad” (2Cor 11,30). Un alitado, demasiado largo y concreto, como para no dejar a su primero auditorio convencido de que Pablo, sí, era todo lo que ya les había parecido, es decir una persona completamente desechable en el contexto dominante del mundo mediterráneo antiguo.

Después, en la segunda parte del mismo bloque (2Cor 12,1-10), Pablo pasa a contar el otro polo de la realidad, recordando haberse subido hacía muchos años al tercer cielo, donde el paraíso, y haber escuchado ahí “palabras que no se pueden decir” o no le es permitido a nadie decirlas (2Cor 12,4: *arrêta rêmata ha ouk exon anthrôpô lalêsai*), lo cual le habría dado un conocimiento y poder extraordinarios. No obstante, según Pablo, esta experiencia no acarrea sino otra muestra de la misma lógica divina, la que pone de manifiesto el poder de Cristo en el cuerpo debilitado del apóstol (2Cor 12,7-10).

Nótese que en 2Cor 11,22 Pablo pone en primer plano su identidad judía. Aunque obviamente Pablo siempre había sido un judío y, como ya hemos señalado, en sus cartas anteriores a 2Corintios – incluso 2Cor 6,14-7,1 – hablaba como cualquier otro judío comprometido de su tiempo, sin embargo, no se explicaba antes refiriéndose a su propia identidad judía. Pareciera que no se le había ocurrido profundizar – quizá porque no había tenido que trabajar – este tema de Israel y los gentiles, o la relación entre los judíos circuncisos y los no judíos no circuncisos dentro del cristianismo primitivo hasta este momento.

Del tema de Israel y los gentiles no hay ningún indicio ni en 1Tesalonicenses ni en 1Corintios, a diferencia de las cartas posteriores de Pablo a los gálatas y a los romanos, donde este tema es el eje principal alrededor del cual se gira todo el discurso de estos escritos. También a diferencia de la(s) carta(s) a los filipenses donde este tema irrumpe de pronto en Flp 3,2. A la hora de escribir 2Corintios 10-13 Pablo recién se habría dado con el problema, que le iba a llamar cada vez más la atención, hasta quitarle el suelo en todos los lugares donde siempre había trabajado anteriormente (véase Rom 15,23). En cambio, esta cuestión no se había presentado durante la(s) primera(s) etapa(s) de su actividad apostólica.

El tercer bloque (2Cor 12,11-13,10) es, básicamente, un sumario o síntesis del discurso anterior. Pablo vuelve a negar la necesidad de defenderse como apóstol entre los corintios (2Cor 12,11-12). Defiende otra vez la honradez de su política económica en Corinto (2Cor 12,13-18). Reconoce su temor a experimentar otro desencuentro estando de nuevo entre los corintios (2Cor 12,19-21). Y termina amonestándoles a tomar en cuenta con quién están tratando, “que Cristo es el que habla por mí” (2Cor 13,3); “que nosotros no somos reprobados” (2Cor 13,6: *adokimoi*).

Al terminar esta defensa de sí mismo, se nota que Pablo todavía no está seguro de haber reconquistado a los corintios. Todavía anda con temor a que “no los encuentre como quisiera y que ustedes, a su vez, no me encuentren como desearían” (2Cor 12,20). No deja de advertir: “cuando vuelva a visitarlos, no tendré piedad” (2Cor 13,2: *ean elthô eis to palin ou feisomai*); “Todo esto se lo digo de lejos para no tener que mostrarme duro entre ustedes, con la autoridad que el Señor me dio para edificar y no para destruir” (2Cor 13,10). Obviamente, Pablo no sabía todavía en qué todo esto iba a quedar. Es evidente que podía quedar mal, que “quizá en mi próxima visita me humille mi Dios ante ustedes” (2Cor 12,21). Hay que leer, pues, todo lo dicho por Pablo en 2Corintios 10-13 como un discurso lanzado desde una situación de la más profunda precariedad.

2Corintios 2,14-6:13; 7,2-4. En este tercer texto constitutivo, Pablo no está reconciliado todavía con los corintios. Sigue resistiendo la necesidad de defenderse como apóstol entre ellos. Todavía niega presentarles una carta de recomendación u otra prueba que confirme su derecho de ser escuchado y atendido como autoridad en esta comunidad (véase 2Cor 3,1; 4,2; 5,12; 6,4; cf. 10,12.18; 12,11.19). Todavía está luchando por su espacio apostólico entre los corintios.

Asimismo, encontramos en estos capítulos los textos, digamos, más teológicos, casi líricos, del libro bíblico de 2Corintios. Aquí es donde se lee – o se habría escuchado leer en voz alta en la antigüedad – un discurso paulino que va pasando de una metáfora a otra, cada una de ellas cargada de poder evocativo, creando así una cadena de afirmaciones que, en sí, no forman un argumento, como tal, sino un *pastiche* de posturas, que coloca en relación, el uno con el otro, varios horizontes de esperanza con un trasfondo de desgaste y angustia. Aquí encontramos muchas frases de las más queridas, o aprovechadas, teológicamente en las cartas auténticas paulinas. He aquí, por ejemplo, las siguientes:

- “El nos ha autorizado como encargados de una nueva alianza, que no es escrita, sino del espíritu. Pues lo escrito mata, pero el espíritu da vida” (2Cor 3,6).
- “Por eso todos nosotros andamos con el rostro descubierto, reflejando como un espejo la gloria del Señor, y nos vamos transformando en la misma imagen de gloria en gloria, por su espíritu” (2Cor 3,18).
- “Llevamos este tesoro en vasos de barro para que esta fuerza soberana parezca cosa de Dios y no de nosotros” (2Cor 4,7).
- “Por eso no nos desanimamos. Al contrario, mientras nuestro ser exterior se va destruyendo, nuestro ser interior se va renovando día a día” (2Cor 4,16).
- “Sabemos que, al destruirse la casa terrenal nuestra que es tienda, tenemos una habitación de Dios, casa eterna, no hecha por mano de hombre, en los cielos” (2Cor 5,1).
- “Pues, si uno está en Cristo, es creación nueva. Lo antiguo ya pasó; lo nuevo ya está” (2Cor 5,17).
- “Así es que Dios estaba, en Cristo, reconciliando al mundo con el mismo; ya no les tomaba en cuenta sus errores, y nos entregaba el mensaje de la reconciliación” (2Cor 5,19).

Asimismo, lo que une todas estas afirmaciones en un solo discurso, el hilo que las hace encadenarse, es el mismo anhelo de siempre, bastante pragmático, que es el intento de Pablo de

hacerse entendido y aceptado de nuevo por los corintios. Por eso, todo lo dicho en estos capítulos se apunta hacia su último llamado, que los corintios “no hagan inútil la gracia de Dios, que han recibido” (2Cor 6,1: *eis kenon*), para terminar, casi llorando, en una última súplica:

!Oh, corintios!, les hablamos con franqueza: nuestro corazón les está abierto. En nosotros no falta el lugar para acogerlos, pero ustedes, en cambio, tienen el corazón estrechado. Páguennos con la misma moneda. Les hablo como a hijos: también ustedes ensanchen el corazón. Hágannos un lugar en su corazón. A nadie hemos perjudicado; a nadie hemos arruinado; a nadie hemos estafado. No lo digo para condenarlos: ya les dije que los llevamos en nuestro corazón, para morir juntos y vivir juntos. Les guardo gran confianza y estoy realmente orgulloso de ustedes. Me siento muy animado y reboso de alegría en toda nuestra aflicción (2Cor 6,11-13; 7,2-4).

Para no malentender el discurso teológico de Pablo en estos capítulos, creo que es muy importante no olvidarse de este trasfondo de desgaste y angustia histórico. Ese trasfondo se debía al hecho de que, a la hora de escribir 2Cor 2,14-6,13; 7,2-4, Pablo se habría encontrado en algún peligro, que bien podría ser el que Pablo da a conocer después – cronológicamente hablando – en 2Cor 1,8-9.

De todos modos, se repite con una cierta frecuencia en 2Cor 2,14-6,13; 7,2-4 la afirmación de que “no nos desanimamos” (2Cor 4,1.16: *ouk egkakoumen*; 5,6: *tharrountes*), la cual quiere decir que Pablo se habría sentido la cercanía de todo lo contrario, la tentación del fracaso, la posibilidad de quedarse aplastado, desanimado, decaído. Este es el contexto concreto, en el cual Pablo de repente empezó a hablar del Cristo crucificado como fuente de esperanza. ¿Será porque se encontraba Pablo, sin haberlo previsto, ante un destino demasiado parecido a esta muerte?

Propongo que el texto de 2Cor 2,14-6,13; 7,2-4 haya sido escrito más o menos al mismo tiempo que (los primeros dos capítulos) de la(s) carta(s) a los filipenses, pues me parece que los dos discursos tienen mucho en común, el uno con el otro. Particularmente me llama la atención el paralelo que hay entre el novedoso pronunciamiento de Pablo en 2Cor 4,10: “Por todas partes llevamos en el cuerpo el estar muriéndose (*vekrôsin*) de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo”, y el anhelo que expresa Pablo en Flp 3,10-11: “para conocerlo, tanto el poder de su resurrección como la comunión de sus sufrimientos, transformándome conforme a su muerte, para ver si es que alcance la resurrección de entre los muertos”. También hay otro paralelo llamativo entre todo el discurso de 2Cor 5,6-9 y particularmente la afirmación en 2Cor 5,8: “Pero nos sentimos seguros y nos gustaría más salir de este cuerpo para ir a vivir junto al Señor”, y todo lo dicho en Flp 1,19-24 y particularmente el versículo 23: “Me siento agarrado de las dos posibilidades, teniendo el deseo de soltarme y estar con Cristo, lo que sería sin duda mucho mejor”.

No es posible profundizar el tema aquí. Pero desde mi punto de vista, estos textos representan el punto de partida para el discurso paulino sobre la cruz de Cristo como algo importante para la salvación cristiana. Anteriormente – es decir en 1Tesalonicenses, 1Corintios (incluso 2Cor 6,14-7,1) y 2Corintios 10-13 – me parece que la cruz no jugaba ningún papel determinante en el pensamiento teológico de Pablo. Tampoco en 1Cor 1,17.18; 2,2.8, donde no es la experiencia de una muerte violenta e injusta en la cruz, sino la cruz como símbolo, entre varios, de la sabiduría alternativa de Dios, la que es el hilo conductor de esta discusión. Hasta que Pablo mismo sufrió una desgracia que le hizo reflexionar más sobre este aspecto de su propia vida.

2Corintios 1,1-2,13; 7,5-16/8,1-24. Ahora pasamos a otro momento, mucho más alegre, aunque esté todavía marcado por los previos malentendidos. Es evidente que Pablo ahora no anda tan angustiado como antes, ni por su propio bienestar ni por su estado apostólico en Corinto. Cuenta, primero, un poco sobre su salida, reciente y sorprendente, de una situación que Pablo

describe como al borde de la muerte, tipo condena a la muerte (2Cor 1,8-9). Después empieza a repasar, en resumidas cuentas, lo que le había pasado desde la última vez que estuvo en Corinto. Intenta aclarar particularmente el por qué de no haberles vuelto a visitar a los hermanos y hermanas de esta ciudad a pesar de haberles dicho, parece, que iba a llegar más o menos pronto. Todavía Pablo se siente obligado a explicar cómo es que “respecto de ustedes nuestro proceder no es *sí* y *no*”, que su palabra no sea chicha y limonada a la vez (2Cor 1,18).

Obviamente el conflicto entre Pablo y los corintios había sido tan intenso que ahora casi pareciera una cuestión de agravio y recompensa. Pablo habla repetidamente de una condición de “dolor” (*lupê*), tanto en sustantivo como con verbo (2Cor 2,1.2.3.4.5.7; 7,8.9.10.11). Por eso habría que ajustar cuentas. Por eso Pablo dice no haberse ido a Corinto todavía, así “teniendo piedad de ustedes” (2Cor 1,23; cf. 2Cor 13,2).

Aunque intenta suavizar el tema de poder que aquí está en juego, llamando en plural a los que serían los escritores de esta carta “colaboradores de su alegría” y no “dueños de su fe” (2Cor 1,24), es evidente que en estos versículos se está replanteando, o imponiendo de nuevo, la autoridad de Pablo. Quienes habían quedado mal en el pleito, los que habrían agraviado a Pablo (no entiendo el uso del pronombre indefinido *tis* en 2Cor 2,5 y su contraparte *tô toioutô* en 2Cor 2,6 como referido a una sola persona), ahora tendrían que pagar la cuenta (véase 2Cor 2,6: *epitimia*). Pablo aboga por mostrarles clemencia y consuelo (2Cor 2,7.8.10), no porque no le importaba el asunto, sino para saber “si ustedes son obedientes en todo” (2Cor 2,9).

La última sección de este cuarto texto constitutivo relata cómo Pablo llegó a sentirse reconciliado con los corintios (2Cor 2,12-13; 7,5-16), tanto ahora que se atreviera a retomar con ellos el tema de la colecta para Jerusalén, que ya había empezado a promover en 1Cor 16,1-4, si es que el texto de 2Cor 8,1-24 siempre le daba seguimiento al discurso de 2Cor 7,5-16. Aunque no importa mucho, si pensamos que 2Cor 8,1-24 era o no era dentro del mismo escrito que 2Cor 1,1-2,13; 7,5-16, pues Pablo sólo habría podido volver a promover su proyecto de la colecta, una vez resuelto el conflicto, cada vez más agudo, entre él y los corintios.

Tanto en 2Cor 2,12-13; 7,5-16 como en 2Cor 8,1-24 el hombre de peso es Tito. Ha sido su ansiada presencia (*parousia*) la que finalmente le dio alivio al perturbado espíritu (2Cor 2,13) y cuerpo (2Cor 7,5, *sarx*) de Pablo (2Cor 7,6), más todo el testimonio de Tito sobre la situación actual en Corinto (2Cor 7,7). Además, es la propia vivencia de Tito entre los corintios – su alegría y descanso espiritual debido a “todos ustedes” (2Cor 7,13) junto con el buen recuerdo que ahora guarda “de la obediencia de todos ustedes, como lo recibieron con miedo y temor” (2Cor 7,15) – la que a Pablo le permite no sólo no arrepentirse de habersele jactado a Tito sobre los corintios (2Cor 7,14) sino también y enseguida animarle a Tito a volver a Corinto encargado de llevar a cabo el proceso de la colecta (2Cor 8,6).

Pablo explica el por qué de la colecta para Jerusalén como una cuestión de equilibrio o igualdad de beneficios (2Cor 8,13-14: *isotês*). Para evitar cualquier otro malentendido, junto con Tito, quien según Pablo se había presentado a sí mismo como dispuesto para asumirse esta tarea, también iba otro hermano, tal vez Timoteo (véase 2Cor 1,1), quien era de muy buena fama en todas las iglesias (2Cor 8,18), más un tercero (2Cor 8,22) de cuya identidad no sabemos más.

2Corintios 9,1-15. En otro momento posterior, Pablo escribió a los corintios una carta más sobre el mismo proyecto de la colecta. Dice haberles mandado de antemano a “los hermanos” (2Cor 9,3.5) para evitar que, cuando lleguen a Corinto él y los de Macedonia, no haya por qué sentirse “avergonzados” (2Cor 9,4). No sabemos quiénes fueron estos hermanos. Puede que hayan sido Tito y los otros dos hermanos a los cuales se hace referencia en el capítulo anterior.

Es evidente que a pesar de todas las mejoras que se habían dado en la relación de Pablo con los corintios, todavía le costaba a Pablo confiar en que los corintios cumplieran con ese

compromiso. A los corintios, pues, Pablo les promete, a nombre de Dios, muchos beneficios a cambio de su colaboración. De hecho, el proyecto de recaudar fondos para otra comunidad de desconocidos – los destinatarios de la colecta no habrían sido conocidos por los corintios, todo pasaba por medio de la persona de Pablo – no era un gesto, tan obvio o común y corriente, en el contexto del mundo mediterráneo antiguo. Representaba una postura de solidaridad que iba más allá de la identidad étnica o cívica local.

Además, era una visión más o menos opuesta al propio discurso inicial de Pablo, por ejemplo, en 2Cor 6,14-7,1. Ahora, Pablo reconoce y subraya como elemento integral de la identidad cristiana no solo “estar conforme a la confesión del evangelio de Cristo” sino también la disposición, no complicada, a compartir el bienestar “con ellos y con todos” (2Cor 9,13).

Conclusión

En este artículo se ha intentado mostrar, primero, cómo el libro bíblico de 2Corintios no habría sido, en su desarrollo literario, siempre un solo discurso sino que representa todo un proceso con distintos momentos: propuesta inicial (2Cor 6,14-7,1), desencuentros en el camino, pelea y desconsuelo (2Cor 10-13 + 2,14-6,13; 7,2-4) y finalmente el profundo alivio de la reconciliación (2Cor 1,1-2,13; 7,5-16/8,1-24) y un proyecto compartido (2Cor 9,1-15). Otro tipo de lectura, más sincrónico, del texto canónico – el cual, sin duda alguna, es perfectamente posible y además tiene su razón teórica – no permite aclarar, desde mi punto de vista, los muchos acertijos o perplejos lógicos que no pocas personas han experimentado buscando leer este libro bíblico desde su comienzo hasta el final. Asimismo, la misma lectura sincrónica acaba reprimiendo una percepción de 2Corintios como memoria colectiva – tipo archivo un poco desordenado – de un proceso de intercambio, bastante conflictivo, entre Pablo y los corintios y de cambio, tanto de perspectiva como de corazón, por ambas partes.

Leif E. Vaage
Emmanuel College/University of Toronto
75 Queen's Park Cres. E.
Toronto, ON M5S 1K7
CANADA

leif.vaage@utoronto.ca